

« antiguos en la piedad, incomparable en el esfuerzo, hijo *devotísimo* « de la Iglesia, reformador de las Religiones y patron liberalísimo de « los templos y de las Ordenes militares, quedó muerto y despedazado « en la campaña á los sesenta años de edad <sup>1</sup>, y vivirá y reinará en « los perpétuos deseos de sus reinos, y mas del de Aragon; cuyos Re- « yes para eternizar la memoria de sus glorias, dieron siempre el nom- « bre de Alfonso á uno de sus hijos, y casi siempre al primogénito.»

Hasta aquí el Jesuita historiador de Aragon, de cuyo retórico elogio aunque se rebaje algo, siempre quedará lo suficiente para tener á D. Alfonso por uno de los mejores reyes de España, y de los mas fervorosos hijos de la Iglesia. Aun cuando sus hazañas sean mas bien políticas que religiosas, fueron aquellas de tal trascendencia é interés para la Iglesia, que esta no puede menos de dar cabida en sus páginas á la memoria de quien conquistó, purificó, edificó ó dotó para Cristo mas de mil iglesias.

§ CXCIII.

*Último suspiro de los mozárabes de Córdoba.*

FUENTES.—*Orderici Vitalis Angligenae. Ecclesiast. hist.*, lib. XIII. (Véase Florez: *España sagrada*, tomo X, apéndice último).—Conde: *Historia de los árabes*, tomo II, cap. XXIX.—*Teatro eclesiástico de las iglesias de Aragon*, tomo IX.—Sandoval: *Cinco Reyes*.

Aun despues de las conquistas de Toledo, Huesca y Zaragoza y de la abolicion casi completa del rito español, quedaban todavía nu-  
tarle la administracion del tesoro de Santiago, para evitar sus malversaciones. (Véase *Historia Compostelana*, pág. 311 y 391). Es verdad que á continuacion el francés hace una tremenda sátira de su querido D. Alfonso VII.

<sup>1</sup> Su cadáver fue enterrado en la bóveda subterránea del célebre monasterio de Montearagon, que su padre habia fundado en un cerro, desde donde se domina el campo de Huesca, para dirigir desde allí el sitio á la manera que don Fernando el Católico erigió á Santa Fe. Poco tiempo antes de la destruccion vándalica, y quema de aquel célebre monumento, se extrajeron de allí sus restos mortales y se colocaron oportunamente en la capilla de san Bernabé de la iglesia de San Pedro el Viejo de Huesca, frente casi del magnífico sepulcro de su hermano D. Ramiro. Como en nuestra patria nada se hace por entero, ni se aprovecharon los restos de su pobre y tosco sepulcro, ni se le ha puesto un triste fucillo que declare lo que allí se guarda; y quizá á la vuelta de pocos años se pierda hasta la memoria de la traslacion.

merosos mozárabes en la Bética y sus diferentes obispados. La proximidad de las armas cristianas les hacia desear con mas viveza su emancipacion, y para ello mantenian ocultos tratos con sus correligionarios. Por otra parte siendo muchos de aquellos régulos tributarios de los Cristianos hasta la venida de los almoravides, era consiguiente que tratasen con mas miramiento á los mozárabes que estaban en su territorio <sup>1</sup>.

En vista de las rápidas conquistas de D. Alfonso el *Batallador*, entraron en relaciones con él, y le ofrecieron sublevarse y entregarle todo el país, tan pronto como se presentara allí, pintándole con los mas vivos y halagüeños colores la empresa de conquistar el delicioso suelo de Andalucía. Dejóse llevar D. Alfonso de aquel entusiasmo, y reuniendo un ejército mas aguerrido que numeroso, marchó hácia Granada (1123) tomando un largo rodeo, por Valencia y Murcia á fin de encubrir mejor su objeto. Los árabes refieren <sup>2</sup> que llevaba solamente cuatro mil caballeros cruzados, *que se habian juramentado de seguir su pendon y no volver la espalda*. Marchaban entre ellos algunos eclesiásticos, ¿y aun el mismo san Ramon de Barbastro? Escasa gente para tan grande empresa, pero los mozárabes habian ofrecido levantarse en número de doce mil <sup>3</sup>.

Por pronto que llegó D. Alfonso, habia cundido ya la noticia en Granada, y los musulmanes se hallaban prevenidos: los almoravides cubrian la capital con un fuerte ejército, y aunque los mozárabes cum-

<sup>1</sup> Refiere Sandoval (*Cinco Reyes*, fól. 134): Que los mozárabes de Medinaceli se pasaron á Marruecos al tomar el rey D. Alfonso VII aquella poblacion, lo cual indica ó mucha corrupcion ó muy buen trato.

Mas la noticia no me parece muy segura, pues la conquista de Medinaceli la hizo D. Alfonso el *Batallador* y no el VII de Castilla. El odio contra el *Batallador* cegó á Sandoval en esta y otras ocasiones.

<sup>2</sup> Véase Conde, tomo II, pág. 233; al hablar del asalto de Medina Jucar dice que perdió hasta gente de sus cruzados. La fecha de 1123 que adoptó es la que dan los árabes, los cuales dan aun mas noticias de esta gloriosa correría que los Cristianos: Mariana la pone en 1123.

<sup>3</sup> Orderico Vidal, autor poco seguro en nuestras cosas y muy crédulo, pone en boca de los mozárabes una descabellada arenga en que le dicen á D. Alfonso el *Batallador* que apenas tenian noticia de religion, porque no habian podido llegar hasta ellos los franceses y romanos que se la enseñasen. Por esta muestra se conocerá lo que vale la tela del monje inglés Orderico. ¿No habia en Castilla y Leon quien enseñara la Religion, si no venian de Francia á enseñarla?...



plieron su palabra, fue imposible á D. Alfonso ocupar aquella ciudad, cuya conquista reservaba Dios para otro rey de Aragon, mas afortunado en su matrimonio con otra Reina de Castilla.

Hasta cincuenta mil mozárabes suponen las crónicas de los infieles <sup>1</sup> que se presentaron á D. Alfonso con armas y caballos. El terror de los musulmanes fue grande, y lo confiesan ellos mismos: una sola vez que se atrevieron á darle batalla fueron derrotados con harta pérdida. Mucha debia ser la pujanza de D. Alfonso, si pudo permanecer quince meses en el corazon de Andalucía; mas viendo la imposibilidad de apoderarse por entonces de las plazas fuertes, regresó llevando en su compañía los mozárabes que se habian comprometido en su favor, á quienes dió heredamientos en Zaragoza y en los otros muchos pueblos que habia sacado del poder de infieles. Los pobres mozárabes que habian quedado en Andalucía fueron perseguidos, dispersados y trasladados al África <sup>2</sup>.

#### § CXCIV.

##### *D. Ramiro el Monje.*

FUENTES.— Briz Martínez: *Historia de San Juan de la Peña*, lib. V, cap. xxxi.  
— Bofarull y Mascaró.

Poco tiempo antes de morir D. Alfonso el *Batallador* habia hecho testamento dejando su reino á las Órdenes militares de Jerusalem, por no tener él sucesion. Las discordias que estallaron entre los ricos hombres de Aragon y Navarra, la separacion de los navarros que alzaron

<sup>1</sup> Conde, tomo II, pág. 237.

<sup>2</sup> Orderico Vidal añade que muchos mozárabes fueron martirizados.— Conde refiere en estos términos la dispersion de los mozárabes: «El rey Aly, considerada la gravedad del caso, consultó con sus wazires, alymes y jeques lo que convendria que se hiciese para atajar el trato de los cristianos *muhahidines* (mozárabes) con los cristianos enemigos, y evitar los males y daños que de esto resultaban. La resolucion que el rey Aly tomó por consejo de sus alymes fue que se escribiese á todos los wazires de todas las ciudades y fortalezas de Andalucía para que con secreto y diligencia sacasen á los Cristianos de las fronteras... y luego fue esta orden cumplida, y pasaron muchos cristianos muhahidines á los confines de Mikinesa, Sale, y otras comarcas; y de estos muchos murieron con la mudanza del clima y aire de África. Fue la ocasion de esta novedad la entrada de Aben-Radmir de Aragona (el hijo de Ramiro el de Aragon) en tierra de Andalucía.» (Conde, tomo II, cap. xxix, pág. 233).

por rey suyo á D. García Ramirez, y la actitud amenazadora de don Alfonso VII de Castilla, que parecia dispuesto á suscitar las mal apagadas rencillas, y satisfacer añejos enconos, obligaron á los aragoneses, reunidos en las Cortes de Monzon, á elegir por rey á toda priesa á un hermano menor del difunto Monarca llamado D. Ramiro.

No podia figurarse D. Sancho Ramirez que sus tres hijos subieran al trono unó en pos de otro, y habia procurado á D. Alfonso y D. Ramiro educacion menos belicosa que á su primogénito Pedro I. Desde su juventud D. Ramiro se retiró al claustro, á donde parecian llamarle su índole pacífica y su carácter religioso. Habia profesado en el monasterio de San Pedro de Tomeras, donde posteriormente estuvo de abad, y su hermano arrastrándole en pos de sus banderas, le hubo de ligar á su fortuna, haciéndole abad de Sahagun y despues obispo de Búrgos, en la época que dominaban allí sus victoriosas armas. La calumnia que persiguió á su hermano tampoco perdonó á D. Ramiro, y á pesar de sus virtudes y generosidad, algunos escritores, mas bien apasionados que veraces, infamaron su memoria <sup>1</sup>. De Búrgos pasó á la iglesia de Pamplona, y de allí á la de Roda, donde parecia fijarle su veleidosa fortuna, cuando fueron á sacarle tambien de allí para coronarle por Rey.

La coronacion y casamiento de D. Ramiro el Monje son puntos oscuros y dificiles en la historia eclesiástica de España, y que han hecho vacilar aun á los mas sutiles ingenios <sup>2</sup>. El hecho es que D. Ramiro, á pesar de ser á la vez monje profeso, abad, presbítero y obispo consagrado, obtuvo dispensa del papa Inocencio II <sup>3</sup>, que á la sazón estaba en Francia, para casarse, como lo hizo, con una hija de Guillen, duque de Aquitania.

<sup>1</sup> Sandoval, segun su encono contra los reyes de Jaca, se desencadena contra el pobre D. Ramiro, recogiendo todas las hablillas que en Castilla y Navarra vertieron contra él los enemigos de D. Alfonso el *Batallador*. Contestóle con brio y acierto el abad Briz Martínez (lib. V, cap. xxxi).

<sup>2</sup> Uno de ellos fue el célebre teólogo Domingo Soto (*de just. et jure*, lib. VII, quaest. 4) que no hallando salida buena contra Paludano, que le argüia con este hecho histórico, apeló al triste recurso de darlo por incierto: mala evasiva por cierto, cuando todas las historias están contestes en afirmarlo.

<sup>3</sup> Briz prueba que debió ser Inocencio II quien dispensó, y no el antipapa Anacleto, que no fue reconocido en España. La situacion angustiosa del papa Inocencio pudo contribuir en gran parte á la prontitud y facilidad con que se dió la dispensa.



Asturias y Galicia habian visto sobre el trono á D. Bermudo el Diácono: los Obispos y Abades trocando el cayado por la espada, conduciendo sus vasallos á la pelea, y aun acaudillando ejércitos numerosos <sup>1</sup>, habian hecho menos reparable que un monje, señor feudal, pasara de los muros del castillo monacal á los régios alcázares. No se habia proclamado aun la doctrina de santo Tomás <sup>2</sup> de que el voto monástico era de derecho divino, y por tanto que no se podia dispensar; antes bien los Papas del siglo anterior habian dispensado en casos análogos á otros monjes: ni fue tampoco la dispensa de D. Ramiro la única que la Santa Sede otorgó en aquel siglo <sup>3</sup>.

La desgracia que le habia perseguido durante su vida andariega no se le mostró mas propicia sobre el trono. Sus Estados fueron invadidos por Alfonso VII de Castilla, que le despojó de la Rioja y todo el territorio aragonés recién conquistado, inclusa la ciudad de Zaragoza: reducido á ocupar las tierras allende el Ebro, consiguió avenirse con el de Castilla, mas no con el de Navarra. Sus belicosos varones no se avenian mucho con el Rey que ellos mismos se habian

<sup>1</sup> De los compostelanos se decia: *El Obispo compostelano con la ballesta en la mano*. Durante el siglo XI murieron en batalla varios obispos, entre ellos Sisnando de Santiago, Aton de Gerona, y á principios del XII hemos visto en este mismo capítulo que habian muerto en lid contra infieles los obispos de Barcelona y Huesca.

<sup>2</sup> 2, 2, quaest. 88, art. 11 de la *Suma*. Cayetano se apartó de la opinion de santo Tomás, su maestro, al comentar el paraje citado de la *Suma*, á vista de la dispensa de D. Ramiro y otros, alegando que si un Papa por una decretal habia declarado que no se podia dispensar, otro Papa con la misma autoridad podria derogarla, como cosa de disciplina.

<sup>3</sup> Briz Martínez en el paraje citado acumula los hechos siguientes: 1.º el de D. Bermudo el Diácono; 2.º de la reina Constanca de Sicilia, monja profesora que casó con el emperador Enrique VI con dispensa del papa Celestino III, antecesor de Inocencio; 3.º Casimiro, rey de Polonia, diácono, monje profeso en la abadia de Cluny en tiempo de san Odilon, al cual dispensó el papa Benedicto IX, de acuerdo con los Cardenales, para que se casara y subiera al trono á fin de cortar la guerra civil, y tuvo cuatro hijos y una hija (Yepes, tomo VI, cap. III, fól. 9, col. 1.ª); 4.º Nicolás Justiniano, monje benedictino profeso en el monasterio de San Nicolás de la Ribera, á quien dispensó el papa Alejandro III á instancias de la república de Venecia, para que no se acabara la descendencia del emperador Justiniano: tuvo de su matrimonio numerosos hijos, y antes de morir volvió al monasterio, como nuestro D. Ramiro. Fue descendiente suyo san Laurencio Justiniano. (Véase el prólogo de su vida).

impuesto, y aun su memoria fue perseguida por los romanceros con fábulas grotescas y tradiciones inverosímiles <sup>1</sup>.

El cielo se apiadó de él, concediéndole una hija que depositó en los vigorosos brazos del conde de Barcelona D. Ramon Berenguer; ¡felicísima resolucion que unió para siempre los destinos de aquellos dos países belicosos Aragon y Cataluña, que hasta entonces habian combatido juntos cual leales compañeros! La restauracion pirenaica quedó completamente afianzada, y Aragón ganó por este lado mucho mas de lo que habia perdido con la separacion de Navarra. Encajonado este pequeño reino entre las poderosas fuerzas de Castilla, Aragon y Francia, no pudo extenderse, ni se pudieron utilizar la bizarría y proverbial intrepidez de sus naturales, ni logró siempre salvar su independencia de las acometidas de sus poderosos vecinos.

En cambio la union de las coronas de Aragon y Cataluña forma el panegirico de D. Ramiro el Monje, y basta por sí solo para hacer grata su memoria. A los ojos de la Iglesia es aun mucho mas grata la modestia con que supo retirarse á tiempo del mundo, y cobijado en el estrecho y oscuro claustro de San Pedro el Viejo de Huesca, vivir monásticamente con sus capellanes, olvidando las dulzuras del trono, y consagrando á la oracion y penitencia los diez últimos años de su azarosa vida <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Nada dirémos de la célebre tradicion de la *campana de Huesca*. Tiene todos los visos de ser una cuarta edicion de la anécdota de Tarquino, á pesar de que en estos últimos años no han faltado defensores de ella. Dícese que al abrir los cimientos de la plaza de toros (destino que se ha dado á la iglesia de San Juan de Jerusalem en Huesca) se encontraron algunos esqueletos con los cráneos separados. Este hecho que entonces se pudo y debió probar pasó desapercibido. Bien es verdad que aun cuando se hallaran cráneos separados no fuera una prueba completa. De todas maneras la anécdota de la campana de Huesca es mas creida por los poetas que por los críticos.

<sup>2</sup> El P. Abarca le dedicó este sentencioso epitafio escrito por otro, segun dice, pero al gusto de su tiempo: «Aquí descansa el fatigado D. Ramiro, Infante, «Monge, Sacerdote, Abad, Obispo, Rey, Marido, Padre, Divorciado, Recogido, Todo y Nada. Tres veces ilustre, cuando otras tantas huyó del Mundo para «ser Religioso, y tres veces obscuro cuando se dejó hallar para Obispo, Rey y «Marido. Dejó de ser monge y no supo ser Rey, mas trocó la vida de Rey en la «muerte de Monge. Caminante pasa de largo, pues no puedes saber mas, si has «aprendido que es menos ser *Todo*, que ser *Nada*.»



§ CXC.V.

*D. Alfonso VII el Emperador.*

Los muchos Estados de que se apoderó D. Alfonso VII á la muerte de su padastro el *Batallador* le hicieron pensar en condecorarse con el título de Emperador que se habian arrogado ya algunos de sus antecesores. Otorgóselo el papa Inocencio II, mal avenido con el Emperador de Alemania, que favoreció al antipapa Burdino <sup>1</sup>, sin lo cual difícilmente hiciera este desaire al Tudesco. Coronó á D. Alfonso el Arzobispo de Toledo, en Leon (1135), con gran solemnidad y aparato. San Bernardo, de quien este Emperador fue muy amigo y devoto, le dió este título en carta escrita al papa Inocencio <sup>2</sup>. Durante la coronacion de D. Alfonso habia estado el Rey de Navarra á su diestra, cómo feudatario suyo. Mas al transigir D. Ramiro y don Alfonso sus diferencias por mediacion de D. Ramon Berenguer, volvió sus armas contra el Navarro. ¡Tan instables eran las paces de aquel tiempo! Por desgracia para D. Alfonso, mientras atacaba reinos ajenos y se condecoraba con pomposos títulos, se le erigia en reino el condado de Portugal, haciéndose completamente independiente á despecho suyo.

En vano quiso ventilar diplomáticamente lo que solo podia aclararse por las armas. El papa Inocencio II, á quien habia acudido el

<sup>1</sup> Esto es lo que dice Mariana en el libro X, cap. xvi, siguiendo á D. Rodrigo que expresa lo mismo. El concilio de Palencia (1129) le dió ya el título de Emperador, si no mienten los de la *Compostelana*, de donde está tomado. (Véase en Villanuño, tomo I, pág. 463). En aquel Concilio, Gelmirez pidió al Rey la ciudad de Mérida, y como el Rey le necesitaba para que no desbaratase su casamiento con su parienta doña Urraca, hubo de pasar por todo lo que allí se hizo, de modo que mas bien se dieron leyes que cánones, pues la mayor parte son sobre asuntos civiles. Los delitos políticos se castigan con excomunion (cánon 14). A los monederos falsos se manda que les haga sacar el Rey *los ojos* (cánon 17). En este y otros cánones se echa de ver la mano de Gelmirez, de quien nos dice la *Compostelana* (pág. 484) que fue él quien lo hizo todo con tal modestia que convidó al Arzobispo de Toledo y demás á que fueran á su posada para tratar acerca del Concilio. Hasta qué punto sea verdad todo ello Dios lo sabe.

<sup>2</sup> Lib. V, epíst. 8.<sup>a</sup> Pide allí al Papa que traslade al Obispo de Salamanca á la iglesia de Santiago.

Emperador, quejándose de que el hijo del conde Enrique de Borgoña se titulara Rey, envió un Legado á Portugal á fin de que el nuevo Monarca se abstuviera de aquel título, con arreglo á la jurisprudencia de aquella época, que autorizaba al Papa para dar y quitar títulos y aun coronas. Negóse el Portugués á retroceder en su propósito, á pesar del entredicho puesto en su reino: para alzarlo ofreció hacerse feudatario de la Iglesia, y por fin pasados algunos años, y siendo ya verdadero Rey de hecho, el papa Alejandro III reconoció aquel título.

Sosegáronse algún tanto las guerras entre los cristianos de España por matrimonios de los Príncipes, y aun mas por la mediacion de los Obispos, que durante aquel siglo evitaron muchas veces la efusion de sangre cristiana. Reunidas sus huestes, los Reyes de Castilla, Aragon y Navarra marcharon contra los moros de Andalucía: debilitados estos por la molicie y por guerras intestinas, opusieron escasa resistencia, y el ejército cristiano se apoderó de Córdoba, cuya conquista no pudo sostenerse por entonces. Mas lucrativas fueron las de Baeza y Almería. Contribuyó en gran parte para la toma de esta la escuadra de barceloneses y pisanos, que llevó D. Ramon Berenguer, con la que luego se apoderó de Tortosa (1147).

Al regresar D. Alfonso de otra expedicion, que en los años siguientes hizo contra los moros de Andalucía, espiró en el camino abrumado de fatiga (1157). Mariana reasume su elogio en estas palabras: «Vivió cincuenta y un años, cinco meses y veinte y un dias, dignísimo príncipe de mas larga vida: no hubo persona mas santa que él siendo mozo, ni vió España cosa mas justa, fuerte y modesta «siendo varon.» Aun fuera mas digno de elogio D. Alfonso si no hubiera dividido malamente sus Estados de Castilla y Leon entre sus dos hijos, dejando otro semillero de ambicion y discordia.

<sup>1</sup> Lib. XI, cap. iv.

